

En España, los muertos están más vivos que en cualquier otro país del mundo.

FEDERICO GARCÍA LORCA

LAS CHICAS Y LOS PERROS

En el puerto de Algeciras, en octubre de 2018

—¿Dirías que se avista el final por algún lado, Charlie?

—Yo diría que ya casi tienes la respuesta a esa pregunta, Maurice.

Dos irlandeses sombríos bajo la mustia luz de la terminal gesticulan con un sufrimiento y una aflicción ancestrales: son hijos de esos gestos, les salen sin esfuerzo.

Es de noche en el viejo puerto español de Algeciras.

Y vaya, os costaría imaginaros un sitio más espantoso: desejaríais tener ojos en la nuca.

La terminal de ferris despide un aire embrujado, una sensación siniestra. Apesta a cuerpos cansados y a pavor.

Hay restos de carteles medio arrancados: los desaparecidos.

Hay avisos de aduanas: el *narcotraficante*.¹

Un ciego se agita entre sudores nocturnos y chasquea los dientes para vender cupones como una serpiente de cascabel con sobrepeso: no aporta nada.

Los irlandeses observan con despreocupación las caras que pasan como un espejismo de las siete distracciones: amor, pena, dolor, sentimentalismo, avaricia, lujuria y deseo de morir.

1 Se señalan en cursiva las palabras y expresiones que están en español en el original. (*N. de los E.*)

Arriba, la cafetería a la que se llega por las escaleras mecánicas hierve de expectación y tintineos de vida.

Hay un letrero con la palabra INFORMACIÓN sobre una ventanilla de la que sobresale, inquisitivo, un pequeño mostrador.

Maurice Hearne y Charlie Redmond están sentados en un banco, solo unos metros a la izquierda de la ventanilla. Tienen cincuenta y pocos. Ahora los años se suceden como las mareas. El tiempo ha dejado huella en sus rostros, en las líneas duras de sus mandíbulas, en sus bocas caóticas. Aunque todavía conservan, a duras penas, un aire estiloso.

De pronto, los dos se vuelven al unísono hacia la ventanilla de información.

—¿Por qué no te acercas otra vez, Charlie? Vuelve a preguntar, a ver si te enteras de qué se sabe del próximo ferry.

—Sí, pero sigue estando el mismo tipo. El de la cara de amargado. No es muy hablador, Moss.

—Inténtalo, Charlie.

Charlie Redmond se levanta entre suspiros. Despliega sus largos huesos. Se acerca a la ventanilla. Es cojo y arrastra la pierna mala, la derecha, con un movimiento suave, deslizante, con la facilidad que da la práctica. Planta los codos en el mostrador. Tiene un aire pendenciero. Pone cara de chungo. Y cuando habla en castellano tiene un acentazo del norte de Cork.

—*Hola y buenos noches* —dice.

Espera un rato largo, mira por encima del hombro, y le grita a Maurice.

—Ni caso, Moss. Sigue con cara de amargado.

Maurice niega con la cabeza, abatido.

—Detesto la puta ignorancia —dice.

Charlie lo intenta de nuevo.

—*¿Hola?* ¿Disculpe? Quiero saber cuándo llega el próximo barco de Tánger. ¿O... cuándo sale?

Un silencio lacónico; un gesto.

Charlie mira a su amigo e imita el gesto de desdén del tipo de la ventanilla de información.

—Lo único que hace es encogerse de hombros, Maurice.

—Charly, lo que tienes que preguntarle es si *habla inglés*.

Pero Charlie se desespera y vuelve al banco, arrastrando la pierna.

—*Habla* mis cojones —dice—. No hace más que encogerse de hombros y mirarme mal.

—Tiene cara de mal follado —dice Maurice. Se da media vuelta bruscamente hacia el mostrador y chilla—: ¡Cambia ese puto careto!

Y sonríe jocosamente.

La sonrisa despabilada y aviesa de Maurice Hearne se dejará ver con frecuencia. Tiene el ojo izquierdo amoratado y sin vida; el derecho parece extrañamente hechizado por un exceso de vivacidad, casi a modo de equilibrio. Lleva un traje raído, camisa negra con el cuello abierto, zapatillas blancas y un bombín echado hacia atrás sobre la coronilla. En su día imponía; pero ese día, desde luego, ya pasó.

—Dale caña, Maurice. Ponlo en su sitio —dice Charlie.

¿Charlie Redmond? Su rostro tiene un aspecto un tanto añejo, como de músico de una corte medieval, de alguien que podría tocarte el laúd en alguna covacha bucólica. Mirada calenturienta, adúltera, y otro traje raído, aunque con zapatos elegantes, *creepers* de un tono naranja oxidado, con acabados de ante y ese susurro de burdeles; y luego una bonita corbata verde de pana. Y también problemas de estómago, ojeras como tumbas y barrancos anímicos.

En el suelo, entre los pies de ambos, hay una bolsa de deporte: una Adidas vieja y medio rota.

—Con la de años que llevamos viniendo aquí, Charlie.

—Y tanto.

—Ya podríamos haber pillado el idioma.

—Aprendemos lento, Maurice.

—Ni que lo digas. El pobrecito Maurice Hearne, de Togher, en la última fila de la clase, vigilando las chaquetas.

De pronto, Charlie arruga la nariz al percibir un cambio en el ambiente de la terminal.

—*Policía* —dice.

—¿Dónde?

—¿No lo ves? Allí.

—No me acojones. Cambia el careto, Charlie.

—Mira, Moss, no creo que te fuera muy bien en el calabozo de Algeciras. ¿Sabes lo que te digo? ¿En una celda mixta?

—Estoy demasiado buena para una celda mixta, Charlie. Me convertiría en la parienta de alguien en media hora. «Pedro, cari, a la mesa, que la cena está lista.»

La *policía* se pierde de nuevo entre la muchedumbre.

Cada vez hay más gente.

Nadie sabe qué ferry cruzará el Estrecho esta noche: hay jaleo al otro lado; problemas en Tánger, y no es la primera vez.

—Podemos tirarnos horas, Maurice.

—No se moverán hasta el veintitrés. Aún no es medianoche.

—Sí, ya, pero ¿el veintitrés cuándo? ¿Esta noche a las doce y cinco? ¿O a las doce menos cinco de mañana por la noche? Seguirá siendo veintitrés, hay que joderse. Igual nos comemos un día de espera.

A través de las ventanas altas, la complicada luz del puerto de Algeciras da para escribir una tesis. Desde el centelleo de las farolas a la persistencia de la polución, pasando por la refracción del calor que deja el sol de finales de octubre, el aire está cargado y lleno de humo, y provoca que la noche resplandezca como algo vívido, denso. Es lo bastante pesado para los fantasmas a los que preserva suspendidos por encima de nuestras cabezas.

Suena un anuncio por megafonía —una retahíla de conso-

nantes aceleradas en un acento andaluz cerrado— y la intrusión molesta a los dos hombres.

El anuncio se va volviendo más precipitado y confuso a medida que avanza —bordeamos el perímetro de la histeria— y, al no entender el idioma, los irlandeses se quedan desconcertados y furiosos.

Al final, el anuncio se va apagando, y los dos irlandeses se vuelven para mirarse.

—No nos hemos enterado de mucho, ¿eh, Maurice?

—No, Charlie, ya te digo.

Maurice Hearne se levanta y se estira todo lo largo que es. Escucha con preocupación el crujido de sus articulaciones: su puta madre. Se palpa los nódulos de lagarto que le recorren el espinazo.

—Por los clavos de Cristo —dice.

Mira hacia las ventanas altas entrecerrando morbosamente los ojos y, acto seguido, con una mirada rápida y silenciosa, sondea a su viejo amigo; Charlie Redmond suelta un suspiro cansado de asentimiento.

Ambos sacan entonces montones de flyers impresos en láser de la bolsa Adidas. Cada flyer muestra la imagen de una joven de unos veinte años. La chica se llama Dilly Hearne. Se desconoce su paradero actual.

—Es una jovencita a la que estamos buscando —dice Maurice.

—Es la hija de este señor. No la ha visto en tres años.

—La foto es de hace tiempo, pero seguro que se sigue pavoneando igual.

—Maurice, no van a pillar lo de pavonearse ni hartos de vino.

—La foto es un poco antigua, pero seguro que se sigue... que sigue llevando las mismas pintas.

—Es una chica pequeñita. Es una chica guapa. Y probable-

mente seguirá llevando rastas.

—Rastas, lo pillas ¿no? ¿Bob Marley? ¿Jah Rastafari?

—Puede que vaya con uno o dos perros.

—¿En plan *crusty*?

—Es una chica guapa. Ahora tiene veintitrés años. Estará hecha toda una rastafari.

—¿Sabes qué nos vendría bien, Charlie?

—Dímelo tú, Moss.

—Nos vendría muy bien saber cómo se dice *crusty* en español.

—¿Los que van de *crusties*? —Charlie lo intenta—. ¿Greñas de mierda? ¿Hippies New Age? ¿No los llaman así? —Y a modo de inciso—. A mí me la suda, Maurice, pero estos cabrones son los inventores del concepto *crusty*. En mayúsculas.

—Eso es porque aquí hace buen tiempo, Charlie. Se apalancan en las playas de arena negra. Con todas las chicas y los perros.

—Supongo que sí conozco alguna que otra palabrilla, Moss, ahora que lo pienso. Vamos, que algo pillo.

—Sorpréndeme, Charlie.

—*Supermercado*.

—¿Qué es eso en Irlanda?

—Tesco.

—Yo también me acuerdo de unas cuantas. Como... *Gorrión*.

—¿Gorro qué?

—¡*Gorrión*! De mi época en Cádiz. ¿Te había contado alguna vez que estuve enamorado de una tía mayor en Cádiz?

—Como para acordarme, Maurice.

—Hacíamos el amor toda la noche, Charles.

—Eras más joven.

—¿Y sabes qué me hacía por las mañanas?

—Soy todo oídos.

—Me preparaba gorriones para desayunar, Charlie.